

## LA GLORIA DE LA RAZA. LOS CHINOS EN YUCATÁN

José Juan Cervera

Ed. Instituto de Cultura de Yucatán y Universidad Autónoma de Yucatán, Mérida, 2007

Iván Franco

### Introducción

El siglo XIX fue marco para la expansión del capitalismo a nivel mundial y la debacle de Estados de viejas bases feudales y monárquicos, empujándolos a transiciones hacia Estados liberales elitistas. Enormes movimientos de masas campesinas de población de África, Asia, o de la misma Europa, ante la sed de poder, tierras y fuerza laboral del naciente capital industrial y financiero, fueron expulsadas de sus comunidades o bien sometidas en sus lugares de origen a novedosas facetas de esclavitud y comercio laboral de dimensión global. Miles de ellos llegaron a América en condiciones deplorables. En América del norte sajona, por ejemplo, la colonización de ciudades con ritmo de crecimiento urbano y financiero explosivos motivó que irlandeses, escoceses e italianos hicieran -por ejemplo de Nueva York- la sede de una de las migraciones continentales más importantes durante el siglo XIX.

Más al sur, la configuración de la economía de plantaciones en el convulso lapso de 1850 a 1890 atrajo, en el caso de México, contingentes importantes de trabajadores asiáticos y africanos. Desde luego éstos no superaron los montos brutos de población indígena que a la larga se convirtió en la "base" laboral (acasillados) de la economía agrícola

de exportación de materias primas como el henequén de Yucatán, la caña de azúcar en Morelos y demás mercancías demandadas por el mercado mundial de la época. En Yucatán, además de los chinos y coreanos, otro grupo importante de inmigrantes fueron los sirios y libaneses, pero esta población -que se dispersó en toda la geografía latinoamericana, incluyendo regiones de México como el D.F., Veracruz, Puebla, entre otras entidades- se orientó al desarrollo de actividades agrícolas y comerciales más o menos autónomas de la estructura productiva de las haciendas henequeneras.

Progresivamente, esos grupos humanos de campesinos asiáticos, africanos y europeos procedentes en busca de mejores condiciones de vida en América, se insertaron en diversas actividades laborales como jornaleros agrícolas, empleados e incluso como comerciantes menores en los centros urbanos y rurales en los que encontraron espacios proclives y fértiles para la perpetuación de sus ancestrales modos o costumbres de vida y trabajo. El proceso de adaptación al suelo americano no fue fácil. Aspectos básicos para la preservación de tradiciones, ritos, creencias, lenguaje, actitudes, entre otros factores claves para la identidad cultural, fueron elementos cuya pervivencia y en todo caso pérdida coronaron procesos de integración y adaptación sumamente complejos.

### La obra

El libro *La Gloria de la Raza. Los Chinos en Yucatán* es, por lo anterior, un relevante documento para el conocimiento del proceso de migración china a



Participante de la danza de "los chivos", Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

México, en particular al estado sureño de Yucatán, al final del siglo XIX. Resulta básico para comprender el por qué del arribo y el cómo se desarrolló el proceso de aceptación y ciertos aires de rechazo de una cultura, la asiática, por otra, la yucateca. Una más de las varias virtudes de este texto consiste en sistematizar lo que en muchos documentos se encontraba disperso respecto al hecho mismo de la presencia o llegada de población china a Yucatán así como los resultados del contacto cultural con la sociedad porfiriana de fines del siglo XIX e inicios del XX. Destaca el contrapunteo hipotético que J.J. Cervera expone sobre la fecha exacta del primer arribo de población asiática a suelo yucateco, registrado desde luego en crónicas de autores decimonónicos y posteriores; probablemente los análisis futuros tampoco resolverán del todo la polémica. El autor sin embargo resume con tacto este inacabado debate historiográfico de fondo etnohistórico al que necesariamente deberán sumarse nuevos estudios.

Como sea, lo que sí se deja en claro J.J. Cervera es que existen dos fechas importantes que marcan el arribo y la presencia de chinos en Yucatán con fines y razones específicas. Primero, la llegada hacia el año 1892 de un importante número de chinos en condiciones de contratación como jornaleros para las haciendas henequeneras; aquéllos, por cierto, fueron años en los que la producción de la fibra no alcanzó aún los altos niveles de producción y exportación de la década siguiente, es decir, 1902-1912. Paradójicamente, fue en estos años cuando muchos trabajadores chinos empezaron a emigrar de las unidades productivas dispersándose progresivamente en las principales ciudades de la entidad. Ésta es una situación que definitivamente clama por explicaciones históricas de mayor profundidad, tal como se infiere de esta lectura.

Se sabe que la base de la economía henequera de plantación demandó en un momento dado de grandes contingentes de trabajadores dentro del ciclo productivo de la fibra para exportación, y que hubo ciclos económicos cortos (tres a siete años) y medios (diez a veinte años) en los que la demanda internacional propició que los ritmos de trabajo al interior de las haciendas se incrementaran en todos sentidos. Los años de 1902 a 1912 fueron uno de ellos así como los del lapso 1914-1917, este último marcado por la coyuntura de la Primera Guerra Mundial. El primer y quizá único desligue masivo de los chinos de las haciendas henequeneras se da pues entre 1902 y 1906. En consecuencia, fue en los años finales de mayor producción y demanda henequera del ciclo 1890-1912 cuando la población asiática que llegó a laborar como jornaleros agrícolas abandona estas unidades. Esto dio paso a que algunos de ellos aparezcan de forma por demás versátil imprimiendo nuevo color socio-cultural al centro de Mérida y a la cotidianidad de otras



Participante de la danza de "los chivos", Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

ciudades y pueblos locales; en todas se les registra laborando o deambulando como mendigos, comerciantes, empleados y hasta pequeños productores hortícolas, entre otras actividades menos productivas o "decentes" dado su apego a los juegos de azar y consumo de opio.

Así, el abandono de las fincas henequeneras sugiere que, con todo y demanda internacional en plena escalada, los primeros contratos de "enganche" como jornaleros henequeneros tuvieron una extensión mínima de diez años y una máxima de quince años. Que aparentemente los hacendados locales no tuvieron la capacidad ni el interés de preservarlos como jornaleros agrícolas por causas que hasta la fecha se desconocen. Quizá, como ocurrió de manera frecuente, se pudo sustituir a los asiáticos con la misma población indígena local. Y es probable, en todo caso, que muchos trabajadores chinos permanecieran en las haciendas por las mismas circunstancias laborales por las que fueron contratados, o incluso, que por vejez algunos hubiesen fallecido dentro de las mismas fincas henequeneras. Quizá también otros, por vejez o conflictos diversos, fueran expulsados por los mismos patrones henequeneros quienes, como se sabe, no fueron muy proclives a establecer condiciones alimenticias ni laborales básicas a sus trabajadores, fueran de cualquier condición étnica o social.

Un aspecto que resalta de manera central en la obra *La Gloria de la Raza* es entonces el "choque" intercultural con la sociedad yucateca en tanto que una parte importante de población asiática se asentó de golpe y porrazo en diversos rumbos de la ciudad

de Mérida cuando dio inició el siglo XX. J.J. Cervera narra de forma amena y recupera de manera precisa una gama de reacciones de rechazo registradas en la prensa citadina local de la época en el momento en el que la población asiática entró en contacto de forma un tanto “sorpresiva” con la sociedad de la capital Mérida. Si la inserción de miembros de esta cultura milenaria en las haciendas a partir de 1892 dio pie con seguridad para la mezcla biológica sino-maya (hoy día son numerosos los apellidos de origen asiático combinados con los de origen maya), en el momento en que gran cantidad de ex jornaleros chinos se asentaron en la católica y occidental Mérida, los prejuicios raciales y la violencia física no tardaron en manifestarse. Y es que a los hijos de Confucio, el poder y los prejuicios de la época porfirista les atribuían la nada complaciente idea de ser portadores de enfermedades contagiosas (fiebre amarilla, por ejemplo), de practicar juegos de azar que alimentaban ocio y malos hábitos (como si un sector de la elite henequenera no hubiese sido despiadada a la hora de especular con los precios del henequén en detrimento de cientos de hacendados y trabajadores), de fumar opio (introducido a la entidad por el otrora importante puerto de Sisal) y probablemente hasta de no practicar religión alguna visible.

A diferencia de los sirios y libaneses que por esos años también pululaban como “aboneros” en muchos pueblos yucatecos, los chinos no eran lección dentro del cristianismo sino del confusionismo. J.J. Cervera, quien no aborda sin embargo esta cuestión, a partir de su texto se puede pensar que gran parte de la violencia ejercida contra los chinos en Yucatán tuvo una base de prejuicio étnico y religioso sumamente fuerte. La población asiática, acaso muy discreta en cuanto a la exposición pública de su doctrina religiosa, se diferenció mucho en sus procesos de asimilación religiosa de las estrategias desarrolladas por las familias de sirios y libaneses quienes a cierto nivel público llegaron a profesar el cristianismo ortodoxo maronita en esas tres primeras décadas del siglo XX; en ambos casos, sin embargo, la transición al credo romano católico no estuvo exento de traspiés socio-familiares.

Estudios sobre la transición al mestizaje de esos grupos étnicos ajenos a la cultura local son limitados o de plano muy escasos; inclusive los existentes poco o nada se han orientado en entender la complejidad de la trama psicológica personal y social generada por la distancia a la cultura y tierra de origen así como el impacto del arribo, adaptación y en su caso “rechazo” funcional de la tierra y cul-

tura “adoptiva”. Éstos fueron acompañados por un espectro de reacciones de corte frívolo y déspota de sociedades locales que, como el caso de Yucatán, evidenciaban temor a la alteridad, y cubrieron un amplio espectro de incompreensión étnica que va desde la aceptación llana y pasiva a lo otro, pasando por notas de febril intolerancia, hasta alcanzar gestos de racismo xenofóbico en sus expresiones acaso más violentas. Y es que éstos fueron patrones constantes de la sociedad oligárquica yucateca ante chinos, coreanos, sirios, libaneses, cristianos evangélicos, entre otros grupos minoritarios que pisaron la península en aquellas décadas.

### Palabras finales

*La Gloria de la Raza. Los Chinos en Yucatán* es un trabajo dividido en ocho capítulos de ágil y amena lectura. Documenta y narra con pulcritud un episodio de contacto social y cultural en un periodo fundamental de la historia regional de México (1890-1920), si bien aclara que el primer contacto de población china con la entidad remonta la llegada de los campesinos contratados como jornaleros agrícolas en las haciendas henequeneras a la época del Imperio de Maximiliano. Informa a la vez de las uniones matrimoniales y biológicas que se dieron entre chinos y mayas, y de los resultados visibles que esta mezcla heredó en la actualidad a la descendencia; da cuenta de las discusiones y debates de los poderosos yucatecos para colonizar zonas de la entidad con fuerza laboral china ante la crisis económica causada por la prolongada guerra de castas, así como del amplio espectro de estigmas sociales que la sociedad yucateca -con excepción de la etnia maya- creó y recreó a partir de su contacto con esa población y cultura.

Un aspecto por demás relevante lo constituye el hecho de que, ante las agresiones de las primeras décadas del siglo XX sufridas por ciudadanos chinos por la violencia psicológica y física practicada por miembros desconocidos de la sociedad meridana, llegó a formarse una Asociación China de Yucatán. Se registra también la presencia de empresarios chinos cercanos a la casa imperial en decadencia y, análogamente, se apunta cómo estimulado por la significativa cantidad de descendientes asiáticos en la entidad y en función al cambio político experimentado en el lejano país asiático, llegó a integrarse una representación local del Kuo Min Tang. Éste es en definitiva un texto que llena un vacío historiográfico y documental importante de la historia social de Yucatán.





Participante de la danza de "los chivos", Acatlán, Gro. Foto: Gloria Marvic.

#### EXCAVACIONES EN GUASAVE, SINALOA

Gordon F. Ekholm

Presentación de Sergio Ortega Noriega,  
introducción y epílogo de John Philip Carpenter  
Slavens, traducción de Victoria Schussheim

México, Siglo XXI, El Colegio de Sinaloa, INAH, XVI, 186 páginas,  
ilustraciones

Luis Alfonso Grave Tirado

A 66 años de su edición en inglés, al fin se publica en español uno de los textos fundamentales de la Arqueología de Sinaloa: *Excavaciones en Guasave, Sinaloa*, de Gordon F. Ekholm. Y su aparición no deja de ser oportuna, pues coincide con un repunte de los estudios arqueológicos en el estado de Sinaloa, como consecuencia primero de la ejecución de proyectos de Salvamento y Rescates arqueológicos y luego de la puesta en marcha de algunos proyectos de investigación "pura" por parte del Centro INAH Sinaloa, aunque, por supuesto no se ha dejado de lado los salvamentos y rescates, razón de ser, no está de más decirlo, de los Centros INAH.

De hecho, el trabajo que llevó a cabo Gordon Ekholm en el sitio "El Ombligo", ubicado en la planicie aluvial del río Sinaloa, no muy lejos de la ciudad de Guasave, lo podemos considerar como un salvamento arqueológico, el primero realizado en el estado de Sinaloa. Menciona el propio Ekholm: "La primera vez que vimos el sitio el dueño nos informó que tenía la intención de destruir completamente el montículo a fin de agrandar su campo. Esto, en parte, nos estimuló a realizar tanto trabajo" (p. 11).

Efectivamente, la excavación del montículo, realizada a lo largo de tres temporadas de campo, abarcó prácticamente la totalidad del mismo y fue ejecutada en trincheras o calas que atravesaron el montículo en todas direcciones, casi todas hasta una profundidad de 1.75 metros. De hecho, a través de su excavación el montículo fue destruido. Éste, lo describe Ekholm: "...no alcanzaba más que 1.5 m. sobre el nivel de los campos de cultivo que lo rodeaban. Era de forma aproximadamente oval, con el eje más largo más o menos de norte a sur..." (p. 9).

Desde la primera excavación, efectuada en mayo de 1938, Ekholm se percató de que se trataba de un montículo funerario. El único descubierto y explorado hasta ahora en Sinaloa. En su interior recuperó 166 entierros completos, más otros 21 fragmentados. De los 187 entierros reportados, 28 estaban depositados en grandes ollas o urnas funerarias, 11 eran tipo bulto y el resto, o sea 144, estaban en posición extendida.

El trabajo de Ekholm se centró en los materiales asociados a los entierros, es decir, en las ofrendas. Destacan en éstas, por su mayor cantidad y gran calidad, las vasijas de cerámica y sobre ellas gira gran parte de la interpretación ensayada por Ekholm en su libro, derivado sobre todo, de la fortuna que tuvo al recuperar 155 vasijas completas o casi completas, lo que le permitió establecer con claridad los diferentes tipos de los que extrajo algunas conclusiones que, digámoslo de una vez, han hecho más mal que bien a la Arqueología sinaloense o más bien, a la difusión del pasado prehispánico de Sinaloa.